

El valor agregado del psicoanálisis

Gustavo Arredondo

Analista Practicante (AP) de la Nueva Escuela Lacaniana (NEL Medellín).

Miembro de la Asociación Mundial de Psicoanálisis.

I. El amor disciplinario. La civilización freudiana

El matrimonio es la principal causa de divorcio
Groucho Marx.

Existe un cierto consenso en afirmar que la civilización occidental ha cambiado. La desinhibida civilización actual, llamada hipermoderna, no es la misma para la que Freud inventó el psicoanálisis, es decir, la sociedad disciplinaria ordenada e inhibida por la ley del padre. Las consecuencias de esta mutación son, entre otras, la desconexión, el desanudamiento en el sujeto contemporáneo, entre los asuntos del amor y los del goce. Gabriel García Márquez en *El amor en los tiempos del cólera* lo dice bastante bien refiriéndose al dolor de Florentino Ariza, cuando con pasiones terrenales sustituía el vacío que el amor ilusorio de Fermina Daza cavaba en su vida. Un día Florentino se había preguntado cuál de los dos sería el amor, llegando de esta manera a la definición del amor dividido: *amor del alma de la cintura para arriba y amor del cuerpo de la cintura para abajo.*

Por un lado, lo sublime del ideal; por el otro, las pasiones de lo real. Esta división en el sujeto freudiano entre amor y goce, entre sentido y real, describe bastante bien la fuente de su malestar incurable. No hay manera en una vida propiamente humana, de reducir esta división. Sin embargo división no puede ser desconexión, desanudamiento.

Lo importante es saber cómo trata esta división la civilización disciplinaria. La trata reprimiendo el goce y valorando el ideal. Lacan formalizara este tratamiento de la civilización diciendo que el significante del padre valorado se substituye al significante del deseo de la madre desvalorizado, reprimido. El síntoma o Malestar en la civilización es la resultante de este tipo de tratamiento del goce, vía la censura.

Freud inventó el psicoanálisis para *tratar la demanda que parte de la voz del sufriente, de alguien que sufre de su cuerpo o de su pensamiento;* es decir, los síntomas que generaba el sometimiento del sujeto del siglo XIX a este efecto de substitución: ante la irrupción abrupta del impulso a la satisfacción del goce, el sujeto responde con el amor al padre y por la vía de la culpa surge la construcción del ideal y el sometimiento a leyes insensatas, es decir, cargadas de un exceso de sentido e identificaciones dolorosas que la conmemoran.

Desde este punto de vista, el goce queda situado en la lógica de un circuito en el cual, sólo puede satisfacerse bajo la forma de la trasgresión, del desvío, de la violación de la ley del padre. Y el síntoma -o lo que el sujeto considera síntoma-, tiene al ideal como referente, como lo hace ver bien Groucho Marx: si el divorcio en la civilización disciplinaria hace síntoma, es porque existe un significante como el matrimonio, eslabonado en la cadena del ideal y saturado de todas las significaciones insensatas y dolorosas con las que el sujeto disciplinado por la ley del padre lo ha investido.

El amor en esta lógica siempre es amor al padre, a su ley, y esta lógica es la del Todo. De allí que lo único posible de esperar del objeto de amor es que satisfaga plenamente los imperativos imposibles de cumplir del sujeto y venga al lugar que le asigna el ideal, el de colmar su insondable falta en ser, no toda atribuible a la represión.

Freud al final de su vida fue consciente que un psicoanálisis apoyado únicamente en lo simbólico de la interpretación, no era suficiente para sacar al goce de este circuito infernal, y en su último texto, *Análisis terminable e interminable*, se lamenta del psicoanálisis como una obra inconclusa al constatar el hecho que, el análisis tal como estaba planteado no respondía convenientemente al sufrimiento del síntoma.

II. El éxito del psicoanálisis. El fracaso del psicoanálisis

He logrado en suma lo que en el campo del comercio ordinario quisieran poder realizar tan fácilmente: con la oferta yo he creado la demanda
J.Lacan

Entre tanto, al lado de la civilización regida por el amo disciplinario que sometía el goce a la trasgresión y el amor a lo idéntico, otra civilización se gestaba, lo que hoy llamamos la civilización hipermoderna, que encuentra sus raíces tal vez en la industrialización. Una civilización comandada esta vez por un amo desabonado de la lógica paterna, operando en una lógica diferente pero igualmente infernal, para satisfacer la pulsión sin que de ella quede resto sintomático, malestar. Desde ese punto de vista, este sujeto hedonista, desidentificado del padre, se identificaba con el último Freud, era freudiano. Y ¡oh sorpresa! Hoy descubrimos que la civilización hipermoderna, la actual, está estructurada como el psicoanálisis. El psicoanálisis ha triunfado. El amo moderno es psicoanalista y todos somos analizantes. La civilización actual opera como un espectacular psicoanálisis globalizado, todos consumidores de psicoanálisis: diga lo que se le pasa por la cabeza, diga todo; no reprima la verdad, escúpala; déjese causar por el objeto de su deseo, consúmalo; abajo las resistencias, actúe; no reprima el goce, satisfágalo; vaya más allá del padre, desarrolle su libre personalidad, atreva a ser otro; y sobre todo gaste adrenalina mucha adrenalina, el equivalente moderno de la líbido freudiana.

Pero atención, el triunfo del psicoanálisis al mismo tiempo es su fracaso. He ahí la mala noticia. La civilización hipermoderna está estructurada como el psicoanálisis norteamericano, no como el psicoanálisis freudiano. Es la realización de la advertencia que Lacan hacía a los psicoanalistas de que el psicoanálisis podría ser una estafa. Quién duda de que el uso que de la verdad hace la civilización actual lo sea, para no referirme sino a un punto de los anteriormente mencionados. La verdad de hoy no tiene estructura de ficción -como sí la tiene la verdad del inconsciente freudiano-, sino que es una verdad que miente, una verdad utilitarista, lista para cualquier uso, y el saber en que ella consiste está escrito en el manual de procedimientos del Otro moderno, es el saber reducido de sus propios intereses lo que él inventa. Nunca la verdad había estado más próxima a aquella definición de Tracimaco según la cual *la verdad es lo que conviene al poderoso*, en este caso al sujeto hipermoderno que escupe encima de ella.

Decir que es el psicoanálisis norteamericano y no el freudiano significa que se trata del *hold up*, del asalto que las psicoterapias de tipo conductista, comportamentalista y cognitivista -de las cuales existen mas de mil (1000)-, hicieron sobre el psicoanálisis freudiano, adaptándolo al modo de vida americano. Ello

pone en evidencia que los intereses del capitalismo moderno, de la civilización hipermoderna y las teorías de Pavlov y Skinner coinciden, convergen plenamente. Su alianza estratégica no deja dudas. El psicoterapeuta capitalista global sabe bien en qué consiste el *Benchmarking*, la adopción de “las mejores prácticas”, en este caso la práctica analítica.

De allí la sensación que hoy tenemos de vivir en medio de una gigantesca psicoterapia en expansión con ambiciones planetarias, un *reality* pluralizado donde lo que opera es la oferta del Bien, la comercialización de la Felicidad, la satisfacción del consumidor. Una apremiante invitación a la experimentación. No cabe duda que esta oferta es hasta ahora exitosa y crea demanda. Cada vez más gente desea salir del closet de la inhibición, y de la sumisión a la ley y a la tradición. Cada vez hay mas gente que toma riesgos extremos, se exhibe sin escrúpulos, se “realiza” a su manera.

Pero la buena noticia es que desde los años 50 Lacan ya había leído el viraje de la civilización disciplinaria, ya había anticipado y preparado el psicoanálisis para tratar al sujeto hipermoderno, inventando una clínica más allá de Freud, sin contemplaciones con el Padre, un lazo social analítico estructurado con el semblante de y para la civilización hipermoderna. Lacan capitalista, quién lo creyera. El hombre más rápido del oeste desenfundó su pistola y mata al asaltante sin darle tiempo a descender de su caballo. *¡Ya quisiera el capitalismo de hoy realizar lo que yo hago tan fácilmente desde hace 60 años: con la oferta creo la demanda!* De todos modos vale la pena decir que la civilización hipermoderna sí “satisface” de algún modo, trata al menos en un punto -aquél que el psicoanálisis o los analistas no han sabido tratar-, la urgencia del sujeto, el asunto económico, libidinal, su goce sin amor.

III. Los goces sin amor. La civilización hipermoderna

*Debes buscarte un nuevo amor, que se acuerde de las fechas
que no sea como yo y siempre cumpla sus promesas,
alguien que pueda quererte sólo un poco y cierta parte
que no sea como yo, que solo vivo para amarte.
Tranzas*

En la civilización hipermoderna lo que hace resto no es el malestar, incluso el malestar inherente al amor. Hoy lo que hace resto, lo que cae del banquete del capitalismo moderno es el amor mismo, sin excluir el andrógino de Platón, el de la media naranja. El amor depende del lazo social y el lazo social a su vez es la identificación; de allí que un sujeto habiendo rechazado los significantes disciplinarios del padre no encuentre su lugar en el banquete del amor, si entendemos por amor algo que va dirigido al ser del Otro. Pero es que el ser del hombre ha sido evacuado por la psicoterapia conductista global, ya que el hombre ha sido reducido a su cuerpo en tanto organismo y un organismo no ama.

El sujeto hipermoderno, desenganchado de los significantes de la tradición paterna y reducido a su organismo como instrumento de goce, es un UNO solo, un uno entre otros unos solos, disparejos. Ha cambiado de amo y en su autismo obedece única y exclusivamente al imperativo de gozar. Lacan decía que *el autista se escucha a sí mismo*. Otra forma de nombrar lo que cae del banquete de la civilización hipermoderna es diciendo que el sujeto actual identificado a su *sí mismo*, a su desarrollo personal, ocupado en “experimentar”, no quiere saber nada del sentido, pero del sentido equívoco del Otro. Es esta la forma actualizada de *la bella indiferencia* freudiana.

Sería mejor si lo quisiese, ya que su lazo social autista con el Otro del imperativo es aterrador, sin límites, sin punto de parada. Afortunadamente la rata de Pavlov tenía a Pavlov, que a su vez estaba habitado por otro interés distinto a dejar la rata a expensas de su goce, pegada al electrodo que produce placer hasta la muerte. No sería el éxtasis de Santa Teresa propiamente.

Lo que llamamos sujeto es no solamente aquel que piensa, sino el que tiene un cuerpo para gozar. La pareja del sujeto del inconsciente freudiano no está programada ni es programable; es el resultado de un encuentro imprevisto inicial de su cuerpo con un goce singular y contingente, no necesario, es casi una calamidad, y los sinónimos de calamidad son: desgracia, infortunio, desastre, estrago. El encuentro original con el goce es lo que traumatiza. La pareja del sujeto irrumpe abruptamente como subida del infierno, encontrándolo desprovisto en el lugar del no pienso. El pensamiento viene luego, la “cristalización” del amor a la que se refería Stendhal, viene luego para poner nombre a lo imposible de soportar que arrebató, que arrebató al sujeto de su programación, sólo que aquí arrebató es raptó, frenesí, éxtasis. Si somos consecuentes con lo dicho arriba, el mayor riesgo que corre el sujeto desprevenido es el del encuentro con su goce y este encuentro aunque mortifica es vivificación del cuerpo. El amor es la vestimenta con la que cubrimos esta aparición fantasmática fuera del sentido. El amor es el sentido que agregamos a la vida para anudarla al lazo social, sacándola de su autismo. Es el cubrimiento imaginario de lo que irrumpe abruptamente y causa nuestro deseo, así sea el deseo de morir. Es este el momento en donde aparece el sujeto cartesiano para filosofar y hacerse preguntas interesantes como la de Aleida. Es decir, cuando afortunadamente ya es tarde.

IV. Un nuevo amor. La oportunidad del psicoanálisis

*¿Cuando uno se enamora de alguien,
es porque lo ve mejor o porque no lo ve bien?
Aleida*

El psicoanálisis de hoy, a condición de no hacerse el abogado de los significantes caídos y debilitados, disciplinarios e inhibidores; de no aceptar ceder el lugar a la versión conductista del ser humano compuesta de software y hardware, así como de no plegarse al deseo de muerte del sujeto actual, tiene su oportunidad de orientar la subjetividad moderna y ser eficiente, particularmente en los asuntos del amor. Lo que llamamos la última enseñanza de Lacan, tiene una indicación clínica preciosa para el psicoanalista: desacomodar (*deranger*) la defensa del sujeto, que podríamos traducir como sacar de programación la vida sin amor, sin pasión, triste del sujeto. Ello implica a un sujeto bajo programación y gerenciando su vida por resultados. Lo que hemos tratado de transmitir es que el sujeto hipermoderno se defiende de algo, evita algo. Digámoslo así: se defiende del efecto de lenguaje en tanto conduce al equívoco, al malentendido, a la sorpresa, a la desprogramación. La caída, el debilitamiento de este efecto múltiple, deprime el amor, el amor triste del sujeto contemporáneo. Su sistema está construido en torno al UN sentido, al sentido único y unívoco que es el sentido en el cual él vive. Sentido que a su vez se reduce al sentido de bolsillo apto para poder gozar. Este UN sentido, sin embargo, no es un sentido cómodo, es un sentido excesivo, es un exceso de sentido que mortifica el cuerpo, hace sufrir. Allí el sujeto hipermoderno se atrinchera sometido a un goce sin amor, sin lazo social. El sujeto hipermoderno es el prestidigitador que goza del sentido que él mismo había metido en el sombrero.

El deseo del analista es la oferta del psicoanálisis; su deseo es lo que hace cortapisa a ese sentido en exceso. Es lo que permite colocar un *dimmer*, un regulador a ese exceso de sentido. Su primer movimiento

es someter ese goce del sujeto a la escucha, ya que se trata de sentido. El sujeto dice: mira mi exceso incrustado en el cuerpo; el analista dice: escucho tu exceso incrustado en el sentido, en lo que tú comunicas. Es introducir al sujeto a una manera nueva de demandar, a la posibilidad del amor, es ofrecerle el salvavidas del lazo social. El analista lo hace para introducir la humanidad en este sujeto desabonado, elevando su dolor de existir a la calidad de síntoma, es decir, de sentido. De esta manera, el psicoanálisis va de lo más general, de lo común a todos, hacia lo más particular, y de lo más particular a lo más singular. Lo más particular está en el encuentro infernal del sujeto con la satisfacción del cuerpo, al interior de lo particular de su historia, de sus vivencias históricas. Y lo más singular es la invención que este sujeto hizo allí con un significante del Otro para generarse su máquina infernal de goce. El psicoanálisis hace responsable al sujeto de esa invención que arriba dijimos se hace en el no pienso.

Significa esto que el psicoanálisis aliena al sujeto en el Otro del lenguaje, de la historia, del amor de transferencia, para detectar allí su separación, su invención, su participación como sujeto en la desgracia en la que se ha constituido su vida. De esta manera el sujeto deja de ser, gracias al deseo del analista, un OVNI. Un objeto visto pero no identificado. Un objeto solitario y sin lazo social. Cuando el analista identifica, a veces de entrada, el rasgo con el que el sujeto goza y hace síntoma, lo reconoce en su humanidad, aunque no lo conoce. Comprenderán cómo, separar, aislar, no es desanudar, desconectar. Este rasgo que el analista separa, aísla, es un modo de gozar, una manera como el sujeto hace el amor con su mundo, con su pareja. Es su restringida manera de ser en el mundo. Es lo que lo hace singular sin que singularidad quiera decir exclusividad; quiere decir, más bien, diferencia. Este rasgo se sitúa entre el saber en exceso y el saber equívoco, ambiguo, del que el sujeto se defiende. Conducimos al sujeto a que aprenda a hacer con este lugar inventado de su singularidad entre estas dos formas del sentido, y lo conducimos a que adquiera la certeza de su *sí mismo*, no en su desarrollo personal, en su auto-ayuda, sino en aquello que produce su pasión.

Un amor digno del psicoanálisis no desea para su pareja el Paraíso. No aspira a llenar con silicona su falta en ser constitutiva ni, con el sentido reducido e insensato en el cual él mismo vive, generar fuego amigo. Es igualmente aquel que deja su pareja a su forma singular de gozar, sin pretender imponerle la propia, sabiendo que su pareja tiene derecho a “pasar bueno pasando maluco”, ya que su malestar en la civilización del lazo social es la forma de tramitar sus relaciones con lo insoportable que la habita. Ella sólo espera, no que se la alivie de su peso, error que cobra con la anorexia del deseo, sino que su voz de doliente cause en el compañero que la escucha el deseo de hablarle, haciéndole entender que habla a su pareja, no a una pareja, es decir que la escucha en su singularidad, así la queja de ella metaforice la queja del mundo entero.

Para concluir, algo a propósito del fuego amigo. Lacan trae una hermosa frase a propósito de la amistad: *es en el coraje para soportar la relación insoportable con el Ser supremo que los amigos se reconocen y se escogen*. Cuánto hay de extraño en que Lacan nos hable de coraje al interior del psicoanálisis. Sin embargo, sí hay que acudir al coraje para sostener el lazo social, es porque la identificación de los semejantes, de los iguales que se agrupan, ya no es suficiente, pues es desde allí que se dispara el fuego amigo a nombre de la buena fe y, por supuesto, como las peores cosas a nombre del Bien. El Bien es uno de los nombres del Ser supremo. Solo que este Bien que nos obligan a consumir es un mal, es lo imposible de soportar, pero es un insoportable con el que tenemos que vivir.

Vivir, en este caso, sería soportar, pero soportar no en actitud indiferente diciendo: *hágase en mí tu voluntad. Este es mi cuerpo transfórmalo, despedázalo, véndelo, esta es mi sangre, comercialízala*.

Soportar es un saber hacer con lo insoportable gracias al psicoanálisis, es un saber decir no a lo imposible de soportar. El coraje, visto desde esta perspectiva, sería un valor agregado que aporta el psicoanálisis. Ustedes saben que en la civilización capitalista no basta con hacer las cosas bien, sino que la satisfacción del cliente exige que el producto incluya un plus, un valor agregado. Al sujeto desabonado que nos visita hoy, es necesario ofrecerle más de lo que esperaba, es decir, fortalecer sus lazos con su inconsciente. El valor que el psicoanálisis agrega es el coraje para vivir y para resistirse a la muerte, por eso el psicoanálisis es tan eficiente en el síntoma depresivo. Pero este valor no es una virtud sino una cantidad, un monto económico de líbido ganado sobre el fantasma y los síntomas, al Otro insensato. En lo económico solo se trata de más y de menos, de grados, nada de sentido.

Comprendemos así que Lacan fuera más allá de la obra inconclusa del maestro pero sirviéndose de él, que es lo que corresponde al buen uso del padre. Freud situó el psicoanálisis en el valor de lo simbólico, en el bla bla bla que conduce a la verdad. Lacan fue más allá, conduciéndolo hasta el valor económico y dijo, además, que lo único que un psicoanalista no debía fallar era en satisfacer esa apremiante demanda de valor. Por eso, hablar del psicoanálisis de hoy en una universidad de administración y finanzas, de la que en mi época yo mismo quise ser alumno, puede ser el lugar más apropiado para encontrar los buenos oídos a los cuales transmitir la clínica psicoanalítica de hoy.